

Contenidos y continentes, la arcilla en juego

Sofía Botero Páez

Las particularidades respectivas del mundo natural y del mundo social se reflejan mutuamente, puesto que, si los grupos humanos presentan rasgos animales, estos rasgos no corresponden tanto a propiedades objetivas como a valores que podríamos llamar filosóficos y morales.

Claude Lévi-Strauss, *La alfarera celosa*

Empeñado en evidenciar que existen fórmulas de clasificación y entendimiento comunes al pensamiento humano, Lévi-Strauss apeló a todo aquello de que disponemos nosotros para entender el mundo, tarea sin duda importante porque se trataba de invalidar la dicotomía excluyente entre salvajes y civilizados. Muy seguramente fue el impacto que produjo, a favor y en contra, la publicación de sus tesis sobre el *Pensamiento salvaje* (1962) el acicate que impulsó a Claude Lévi-Strauss a la escritura de cinco libros dedicados a las “Mitológicas”: *Lo crudo y lo cocido*; *De la miel a las cenizas*; *El origen de las maneras de mesa*; *El hombre desnudo* y *La alfarera celosa*.

En ellos exploró incansablemente las lógicas que articulan un corpus de más de ochocientos mitos, la mayoría de ellos provenientes de las “dos Américas”, desde Alaska hasta Tierra del Fuego, lo que le permitió descubrir “a lo largo de las montañas un reguero arcaico que habría dejado aquí y allí los vestigios de las mismas creencias y de las mismas representaciones” (p. 20). Al traducir categorías de profunda significación —porque implican cuestiones de orden natural, social y moral— expresadas en la mitología, evidenció un *sistema de pensamiento* en el que, al igual que sucede con

la música y con el lenguaje, los términos se relacionan en un todo estructural y estructurante que da cuenta del conocimiento y la vida de sus ejecutantes.

El gran reto que afronta Lévi-Strauss es demostrar que el pensamiento mitológico se desarrolla como un *sistema*, aunque los términos en que se expresa sean para nosotros, cuando no chocantes, las más de las veces irreconocibles. Cuando se afirma que el barro de alfarería procede de los excrementos, del cadáver o del alma de una mujer, o aun del cesto lleno de arcilla que se esparce al caer desde la luna, se afirma también que “la dueña de la alfarería formó con arcilla los órganos genitales femeninos” (p. 29) con variaciones que pueden parecer infinitas y contradictorias, hasta que se considera que el amplio pico del chotacabras se asemeja a una vulva y, por esa misma vía, “un batracio bien puede ser una variante combinatoria del chotacabras” (p. 47).

Los mitos dan cuenta de la certeza que tienen algunos pueblos de que los animales descienden de los humanos y de que todo lo que es percibido y visible a sus ojos es el resultado de *combates cósmicos* que explican las actuales características físicas y comportamientos de unos y otros:

Por modesto que sea el papel otorgado a los humanos en el conflicto cósmico, el espíritu de celos que anima a los poderes enfrentados los contamina. Por eso la alfarería es objeto de numerosas prácticas rituales, prudentes y minuciosas. Las disposiciones morales de los artesanos se resienten de ello (p. 54).



Andrés Monzón. *Égida serpiente*. Cerámica esmaltada. 108 x 58 x 54 cm. 2020

Los indios sudamericanos dividen los cuerpos celestes en dos categorías: por un lado, el Sol, la Luna, Venus, las constelaciones, los astros designados; por otro, las estrellas anónimas, entre las cuales incluyen los astros o fenómenos erráticos como los meteoros y los cometas.

[...] los meteoros constituyen una especie de escándalo cósmico como, en otro plano, el comportamiento del tapir, causante del hambre de los humanos y seductor de mujeres representa un escándalo social.

Añadamos que el tapir manifiesta una avidez anal simétrica a la avidez vaginal de las mujeres locas por él, y que se opone a la retención y a la incontinenencia anaales de manera mucho más radical que estos dos términos, contrarios y no contradictorios, no se oponen entre sí (pp. 152-153).

La necesidad de explicar la historia y presentar los personajes y el orden de los sucesos a las nuevas generaciones conlleva la búsqueda y el hallazgo de señales, de evidencias lógicas de tales acontecimientos y exige de “toda clase de equivalencias de orden metafórico”, del uso de analogías que el autor se encarga de hacer audibles para nosotros:

La segunda conexión — la que hay entre celos y chotacabras — plantea menos dificultades. Procede, como he dicho, de una deducción empírica que imputa al ave una naturaleza triste y un apetito ávido a causa de su vida solitaria, de sus costumbres nocturnas, de su grito lúgubre y de su amplio pico, que le permite engullir grandes presas (pp. 52-53, 55).

Tomados en conjunto, chotacabras, pezeoso, pequeño oso hormiguero, ardilla, cuchumbé, coendú, zarigüeya forman una fauna arborícola a la cual podemos añadir la irara, que no vive en los árboles, pero trepa fácilmente a ellos para apoderarse de las colmenas de abejas salvajes. Hay que añadir los monos y los ratones lavadores ensalzados por las tradiciones mesoamericanas (p. 107).

Las cualidades del lugar, la forma, el comportamiento, el sonido, la textura, el color, el brillo, el olor etc., cargados de valores morales, explican el presente:

Antes no había plantas cultivadas, los humanos se alimentaban de “una especie de arcilla que modelaban y cocían en las cenizas calientes, y que tragaban como las gallinas, pues no tenían dientes para masticar [o los tenían en la vaginal] (p. 135).

La pérdida del fuego por el jaguar lo condena en lo sucesivo a comer crudo. Del mismo modo, la pérdida del agua cultural por las aves acuáticas las condena a alimentarse en el agua natural de los lagos y de los pantanos (p. 83).

Rober Briffault (1927) mostró que el arte de la alfarería implica conocer las propiedades de arcillas de cualidades diferentes, la elección de desengrasantes, combustibles, temperaturas y modos de cocción y que es una invención femenina, “pero, como demuestran los mitos examinados, manifiesta también un temperamento celoso y entrometido” (pp. 34-35).

En América del Sur, para los tikunas y los yaguas, el origen de las arcilla se relaciona con el arco iris

concebido como un demonio subacuático, dueño de la arcilla y de las vasijas. [...] Una vez que se habían modelado las vasijas y antes de cocerlas, se las recubría con pieles humedecidas hasta que la arcilla se consolidase. Si alguien entraba en la cabaña de improviso o si un tercero cuya presencia se ignoraba descubría las vasijas, se podía tener la certeza de que los Grandes Pájaros, volando sin tregua a la caza de las serpientes, agrietarían las vasijas en zigzag, como los relámpagos, antes o durante la cocción. O bien las vasijas serían frágiles y se romperían al usarlas. El trabajo de la alfarera era, de este modo, motivo de un combate entre los Grandes Pájaros y las Serpientes (pp. 36-37).



Andrés Monzón. Égida Tití II.: 72.5 x 44 x 42.5 cm. 2002

Posiblemente sea nuestra sensibilidad a los orificios humanos y, más aún, a los excrementos, lo que obliga a Lévi-Strauss a presentar lo que denomina “un encadenamiento de operaciones lógicas” y proponer un “campo semántico de los orificios corporales”, ilustrado por una “pluralidad de códigos”, incluido el “psico-orgánico” para evidenciar la “diálectica del continente y del contenido”.

La relación entre excrementos y arcilla también se deriva de observaciones empíricas: el barro se parece a ellos, particularmente a los del oso perezoso, el mono aullador o el tapir; se trata fundamentalmente de asociaciones de transformación, pero también de periodicidad, lugar y de la forma en que son depositados y de cuánto se alejan, se asemejan o reflejan el comportamiento humano:

[...] Explican que en otro tiempo el cielo y la Tierra [se] comunicaban; los antepasados de los indios circulaban libremente de uno a otra. Dejó de haber comunicación cuando se cortó la liana a través de la cual el Sol y la Luna subieron al cielo. Recordemos que con ello pretendían impedir a la mujer chotacabras que les alcanzara. [...] “Si la liana no hubiera sido cortada, continuaría colgando, y también nosotros hubiéramos podido subir al cielo desde la Tierra”. Esos felices tiempos han pasado, pero ha subsistido un testimonio: el barro de alfarería que la mujer chotacabras dejó escapar, o en lo que ella se transformó al caer (pp. 77-78).

“Los mitos sobre el marido humano de una mujer-estrella y los que se refieren al marido humano de una mujer-perezoso tienen una misma estructura” si no se pierde de vista que este se alimenta de las hojas del yarumo (*Cecropia; Choloepus*) cuyas cenizas, comúnmente, se agregan a la arcilla como desgrasante y que su tronco es derecho y hueco como una cerbatana o un pene. Todo lo cual lleva a resaltar la respuesta que dio Lévi-Strauss a la

acusación de llevar hasta el extremo el psicoanálisis en términos freudianos:

Los bororos llaman a los civilizados kidoe, kidoe, ‘cotorras, cotorras’, porque hablan demasiado, como estos pájaros”. El hombre blanco halla, pues, su lugar en el bestiario indígena junto al chotacabras, el perezoso, el mono aullador, el tapir y muchos otros animales. [...] En desquite, los observadores blancos han descrito a menudo [su] retención oral, [la] “repulsión obstinada a hablar salvo en caso de absoluta necesidad”, como un comportamiento típico de los indios americanos (p. 151).

En este libro he concentrado mi atención en una familia de mitos en la que el código psico-orgánico —sexual si se prefiere; volveré sobre ello— echa mano de otros: tecnológico, zoológico, cosmológico, etcétera. Caeríamos en un error si infiriéramos que ese código psicoorgánico ofrece el mismo valor operatorio en cualquier otro mito o familia de mitos que posiblemente recurran a códigos totalmente diferentes. [...] En cierto sentido, sin embargo, Freud es injusto consigo mismo. Su grandeza se debe por una parte a un don que posee en sumo grado: el de pensar como los mitos (p. 169-170).

Si algo hubiera que reprochar a Lévi-Strauss es que en su corpus de datos apenas si haya menciones expresas a la arqueología, para referirse a lo más antiguo se refiere a lo *arcaico*, sin embargo, resulta lícito preguntar: ¿Que podría representar mejor lo abigarrado de la selva que la cerámica amazónica?¹ Más aun: ¿sobre qué nos interpelan las extraordinarias vasijas que hoy se exhiben en el museo de la universidad?

Referencias

- 1 Lévi-Strauss, C. (1989). *La alfarera celosa*, Paidós.

Sofía Botero Páez es profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia.



Andrés Monzón. *Aegis Jaguar*. Cerámica esmaltada. 102 x 59 x 58 cm. 2020.